

J. M. BRICEÑO GUERRERO

# DIARIO DE SAORGE

**A1 24 09 96 1615**

Hizo lo posible por no escribir: Tuvo necesidad de ir al baño; preparó café; se cortó las uñas; esperó en vano que alguien viniera a su puerta; jugó una partida de solitario, pero ganó en seguida; se dio cuenta de que no había comprado un buen cuaderno, pero encontró un block no 3 blanco (30 hojas papel bond 60 g/m<sup>2</sup> tamaño 154 x 216 mm) hecho en Venezuela y no logró convencerse de que para escribir era indispensable usar papel francés; se hurgó la nariz porque sentía una cierta sequedad molesta. Y yo mirando; sin intervenir; sin juzgar siquiera. Muchas ideas bullían y hacían bulla en su interior, quería escribir. ¿Qué pasaba? Era como si una orden misteriosa le prohibiera expresarse por escrito. Y yo mirando; sin intervenir; sin juzgar.

Puedes escribir, lo mismo que hablar, para expresar tus pensamientos y sentimientos con respecto a cuestiones prácticas inmediatas, o teóricas y remotas; también para coordinar tus actos con los actos de los otros; incluso para contar lo que te ha ocurrido y lo que has hecho desde que tienes memoria; nada se opone a que escribas tus planes, proyectos, esperanzas, temores; mueve -si crees lograr mover- los afectos de los lectores hacia lo sublime o hacia lo vil. Pero no te está permitido intentar convertir el gran silencio en palabra, ni llenar de signos el gran vacío. Miré solamente, no intervine, no juzgué. Ese intento es sacrílego. Respeta tu palabra. Vístela con elegancia gótica. No la metas en camisa de once varas. No la manches en actos contra natura. Si eso fuera permitido tendría cloaca y no ese palmo de distancia con tan gran diferencia de aroma.

**B1 410 309**

Tiene que haber pasado algo -dijo Iósef- algo así como un accidente, un error, un pecado, y no me refiero a la culpa. Algo anormal. No puede ser normal que un amigo se muera. Hasta hoy en día se me atraviesa en la garganta como una espina de pescado; ni lo trago ni lo escupo y me duele. Yo tenía once años cuando murió. Era mi mejor amigo -digo mejor como superlativo absoluto porque no tengo con quién compararlo; fue mi primer amigo y era único. Después nunca he dejado que ninguna amistad crezca en mí por miedo de que se repita ese escándalo.

Las cosas son como son -dijo ella-, tienes que aceptarlas.

No, dijo él, las cosas son como no son. El orden natural se desvió en algún momento, el momento inicial del tiempo. Vivimos en un mundo errado. Yo le dije a mi papá y a mi mamá y a los padres de él: No lo entierren, no se les ocurra enterrarlo porque tendrán que enterrarme a mí también o me entierro yo mismo. Toda la aldea se conmovió. Pasaron tres días y nadie osaba enterrarlo. Yo dormía al lado de la urna. Cuatro días. Comenzó a heder. Cinco días. Hijo, tenemos que enterrarlo. No acepté. Dejé de contar los días. La barriga le creció, yo le aflojé la correa del pantalón. Hormigas le entraban y salían por la nariz. Le llenaron la boca de algodones. El hedor era insoportable. Había zamuros en el samán del patio, algunos caminaban hasta el corredor y Marcelina los espantaba con la escoba y con gritos. Hijo, tenemos que enterrarlo. No aceptaba. Me voy yo también. Denle una paliza a ese muchacho para que no sea tan pendejo. Eso es lo malo del hijo único, se vuelve toñeco y tirano. Falta de carácter también de los padres y de los amigos de los padres y falta de gobierno. Puede desencadenarse una epidemia y todo por un muchacho malcriado. Pero la mayoría estaba de mi parte. Que no se vaya a morir el otro también. Yo me despertaba a veces de noche y escuchaba ruidos en la urna. Se veía morado a la luz de las velas. Duérmase hijito. Al fin le reventó la barriga y le salieron grandes gusanos. Está bien, pues, entiérrrenlo, y me acosté boca abajo en un rincón en e cuarto de los peroles viejos.

**C1 1 1 2 5**

Hace pocos días todo era matices del verde. Ahora han comenzado a salir manchas onoto, jobo, merey maduro, muérdago muerto. El paisaje parece sufrir un principio de rubiola sui generis o alguna alergia provocada por esa luz tan transparente y clara del fuerte sol. Las cosas casi no proyectan sombra, están rodeadas de luz. Quizás el silencio fortifica la luz. Hace pocos días, cuando llegué, éramos unas diez personas y hablábamos mucho, conociéndonos en desorden, estábamos en la cocina tomando café. Las voces se cruzaban, se enredaban, se confundían. De repente callarse todos al mismo tiempo y el enorme silencio de afuera invadir la cocina. Había estado acechando, celoso de su hegemonía. Hubo un estremecimiento general. Nadie dijo más nada. Gobiérne el señor.

El silencio robustece la tiniebla también. La oscuridad es más intensa cuando no se oye nada.

**A2 C2 510 313**

El lenguaje hace violencia a la realidad.

Tratando de describir el paisaje alpino me di cuenta de que no tenía las palabras adecuadas. Corría el riesgo de desnaturalizarlo, de convertirlo en un paisaje andino, con desprecio de diferencias fundamentales. Y ya el andino lo había desnaturalizado con palabras, de colores por ejemplo, más propias del llano. Pero las palabras adecuadas al paisaje llanero ya eran violencia contra el paisaje llanero mismo: al describirlo lo reducía y lo estructuraba de acuerdo con una convención aprendida a la cual me había acostumbrado: lo verdadero es lo que se ha vuelto habitual.

En vez de describir el paisaje alpino mediante señalamiento de semejanzas y diferencias con el andino en un juego de convenciones y costumbres, me pareció que siendo todo paisaje descrito un paisaje construido, era mejor construirlo de una vez, sin llamarse a engaño. Sin embargo, me molestó esa distancia, me molestó que el lenguaje no pueda desposar lo real. Qué desgracia: un escritor es tanto mejor escritor cuanto más se desentiende de lo real y más se dedica consciente y voluntariamente a inventar. El que se cree realista es que usa lo ya inventado y acostumbrado. El científico es el que inventa con un método pedantemente estricto.

Al aprender la lengua materna ya heredamos un mundo construido de cierta manera y válido para nuestra comunidad. Al inventar individualmente nunca llegamos muy lejos porque todo invento nuevo se produce y tiene sentido dentro del mundo ya inventado que se nos da en la lengua materna. ¿Cómo será el mundo sin idioma? En primer lugar no será mundo; porque mundo es estructuración previa del ámbito donde se inventan las cosas.

Me cuesta escribir porque quisiera vivir sin lenguaje y no puedo. Estoy condenado al lenguaje. Me cuesta escribir porque el escribir acentúa mi pertenencia al lenguaje haciéndome sentir sus límites. Cuando escribo masco el freno y sangro porque me aparto de la actitud habitual hacia el mundo y el lenguaje. A mí el escribir me hace consciente de mi cárcel porque lo tomo en serio. Al hablar me pasaría lo mismo si no fuera por los demás. La conversación me sitúa en la actitud corriente. Cuando escribo estoy solo. Una cárcel compartida es menos cárcel.

Hay quienes escriben como si hablaran; a éstos no los oprime la escritura. Trataré de escribir para ti como si estuviéramos conversando. O me encierro a crear mundillos verbales, también para ti. El primer jabón de olor que conocí se llamaba para tí. Ese recuerdo me deja digredir